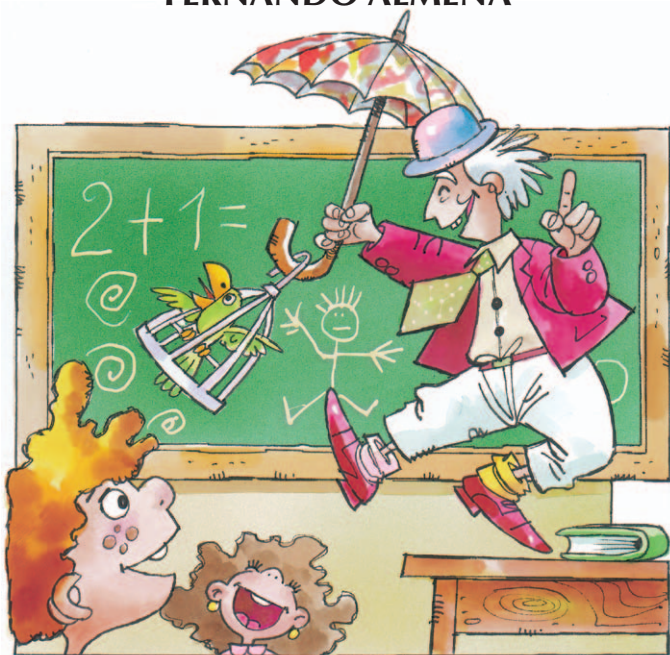


El *maestro* Ciruela

FERNANDO ALMENA



Sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático. Podrán emplearse citas literales siempre que se mencione su procedencia.



Ilustración

Antonio Perera

Coordina la colección

Equipo Dylar

Diseño

Alfonso Méndez Publicidad

Maquetación

copion

Fotomecánica

copion

Impresión

Brosnac, S.L.

Depósito Legal:

ISBN: 978-84-96485-33-4

© Fernando Almena

© de la edición en castellano

DYLAR ediciones

Tel.: 902 44 44 13

e-mail: dylar@dylar.es

www.dylar.es

El **maestro** **Ciruela**

FERNANDO ALMENA



 **DYLAR**
ediciones

Fernando Almena



¿Conoces al autor?

Cordobés de nacimiento.

Sus orígenes como escritor los encontramos en el teatro. Género en el que ha obtenido numerosos premios. Más tarde, se adentra en la Literatura Infantil y Juvenil y publica un gran número de libros, que se reparten entre teatro y novela, aunque también ha publicado poesía y cuento.

En novela para niños ha sido galardonado con el premio El Barco de Vapor, y en teatro infantil con el premio AETIJ y el Premio Teatro Guerra. Incluido en la lista de honor del Banco del Libro de Venezuela y por tres veces en la de la CCEI.

Variado no sólo en los géneros que escribe, sino también en las temáticas: de carácter histórico, ciencia ficción, leyendas fantasía, humor...

Rellena tu ficha



El autor de "El maestro Ciruela"
se llama

y nació en

Lo primero que escribió pertenecía
al género del

Obtuvo el premio

..... en novela infantil

y el premio y el

..... en

teatro infantil.

Escribe sobre temas variados
como

.....

.....



Principio de septiembre

El verano preparaba su equipaje dispuesto a emprender un largo viaje —o corto, según se mire— por el tiempo para nacer de nuevo, en un ciclo sin fin, al cabo de nueve meses. ¡No iba a ser menos que cualquier bebé!

La gente del barrio, por el contrario, deshacía su equipaje después de unas siempre breves vacaciones.

—Es que tendría que haber un mes de trabajo y once de vacaciones —sentenciaba don Simeón en plan de filósofo.

Don Simeón era dueño de un hotel en la costa, y en época de vacaciones

se ponía las botas. Vamos, que se forraba de dinero.

Pero dejemos en paz a don Simeón, que nada se le ha perdido en esta historia.

El colegio se preparaba también para el inicio del nuevo curso. La señora Tomasa era la encargada de organizar el zafarrancho de limpieza, de ventilar las aulas, de quitar el polvo y los chicles pegados a los pupitres y de arrancar las veinte telarañas de todos los veranos.

—Esta vez han sido veinticuatro.

—Habrá que controlarlas el año próximo —contestó con guasa el director, que era un maniático de los controles.

—Nada de eso, habrá que tomar medidas —respondió con gesto malhumorado la señora Tomasa.

—Tampoco vamos a discutir por una telaraña más o menos.

—Claro que sí. En un colegio han de dar ejemplo de disciplina hasta los

arácnidos —insistió la encargada de la limpieza, que de Zoología sabía cantidad.

El director era joven, como el resto del profesorado de aquel centro. A pesar de su juventud, ya se había ganado, sin mayores méritos ni oposiciones, una hermosa barriga y una espectacular calva, que era todo un monumento al melón amarillo. Claro que la falta de pelo en el tejado la compensaba con una enmarañada, negra y larguísima barba. Vestía siempre, como si fuera su uniforme de trabajo, unos vaqueros descoloridos y una camisa de cuadros chillones.

Los profesores se habían incorporado a sus puestos con el fin de disponer todo para el comienzo de las clases. Habían llegado todos salvo uno, del que no se tenía la menor noticia. Precisamente el único nuevo, que accedía al colegio de la capital tras muchos años ejerciendo por pueblos, según constaba en su expediente.

Don Onofre, el director, que se encontraba enfurecido porque consideraba una falta de responsabilidad y de disciplina el retraso injustificado del nuevo maestro, paseaba nervioso delante del profesorado como un capitán de barco frente a una tripulación rebelde.

—Esto no se puede tolerar. El que sea un señor mayor no le autoriza a incorporarse cuando le dé la gana. Vosotros sabéis que me gusta reuniros antes del comienzo del curso para planificar el desarrollo del mismo. Os hablaré a pesar de su ausencia. Pero cuando venga, me va a oír. Vaya si me oirá. En fin, ante todo, quiero comentaros que este año... bla, bla, bla.

Les metió tal rollo, que casi se les va la olla. Incluso uno de los profesores se quedó dormido en un rincón. Don Onofre le preguntó:

—¿Te has enterado, Manolo?

—¡Cómo no me voy a enterar, si llevo cinco años oyéndote el mismo discurso!

Llegó, al fin, el día de la inauguración del curso escolar y el nuevo profesor seguía sin aparecer.

Don Onofre se vistió el traje oscuro de las bodas, que solo se ponía en las grandes solemnidades, y se adornó con una pajarita roja, que se ataba a la barba ya que en el cuello, debajo de tanto pelo, no había manera de verla, y se ocupó en dar la bienvenida a los alumnos y en saludar a los padres. Sonreía a todos, pero se le notaba cierta preocupación o que algo lo atormentaba. Y es que no conseguía olvidarse de la tardanza del nuevo profesor. «Se la va a cargar. Vaya si se la carga», se repetía.

Los padres, poco a poco, fueron abandonando el colegio. Don Onofre decía adiós con la mano a los más rezagados, cuando reparó en un tipo curioso y sorprendente que se acercaba con pasos de pingüino y con los pies muy abiertos, como si quisieran marchar hacia lados

opuestos. Destacaban sus pantalones blancos, extremadamente cortos, que no le cubrían siquiera los tobillos y que dejaban al descubierto unos calcetines desparejados, cada uno de distinto color. No asombraban menos su chaqueta roja, su minúscula corbata, los zapatos rojos y puntiagudos, el bombín o el paraguas de colorines. Pero lo más chocante era la jaula con el loro que llevaba colgada del mango del paraguas, abierto a saber por qué. Era el tipo más estrafalario que imaginarse pueda.

El director, nada más fijarse en él, pensó: «Un vendedor de chucherías o un farandulero. No ha empezado el curso y ya viene dispuesto a dar la paliza». Y antes de que llegara, escapó hacia el interior como si lo persiguiera el malo de la película, pero el hombre estrambótico le gritó:

—¡Eh!, espere, no escurra el bulto.



Don Onofre se detuvo y se volvió un poco avergonzado de su descortesía. Observó el largo pelo del color de la zanahoria, la nariz aguileña y las mejillas violáceas del hombre, antes de preguntarle:

—¿Qué desea? Le advierto que tengo mucha prisa y que no queremos comprar nada ni tampoco interesa el teatro en este centro escolar.

Lo de que «no interesa el teatro en este centro escolar» lo dijo de carrerilla, como si lo hubiera aprendido de memoria cuando estudió Pedagogía o fuera una orden de la Consejería de Educación o del Ministerio.

—Quiero hablar con usted, que es el director de este colegio.

—¿Y cómo sabe que soy el director?

—Por la pajarita.

Don Onofre se rascó la cabeza. El recién llegado aclaró:

—Un hombre vestido con tanta extravagancia solo puede ser el director.

Don Onofre agitó ahora la cabeza como si quisiera sacudirse una alucinación.

—¿Y usted quién es?

—Teófanos Ciruela, el nuevo maestro.

—El nuevo —repitió el loro, por si acaso no le había entendido.

El director abrió la boca como un felino ante una presa tierna, pero el hombre le cortó:

—¿Quiere un chicle?

Y antes de que la cerrara, le había metido una pastilla gigantesca en la boca.

Don Onofre, mientras pensaba cómo iniciar su regañina al extraño profesor por su retraso en incorporarse, se dedicó a masticar el chicle, que, poco a poco, fue ablandándose y haciéndose pegajoso. De tal modo, que cuando quiso hablar no le salían las palabras.

—Me he atrasado un poco

—continuó el nuevo profesor—, pero supongo que no me habrán echado de menos. Como nadie me conoce...

El director pensó que por su desfachatez e indisciplina debía imponerle un correctivo. Y no se le ocurrió nada peor que:

—Se ocupará de una clase de mayores —balbuceó al fin, convencido de que su mayor deseo sería hacerse cargo de alguna de las clases de pequeños.

El hombre, en vez de disgustarse, se puso muy contento con la noticia. Como si le hubiera anunciado una subida espectacular de sueldo. Le plantó un beso en la calva y replicó:

—Muchas gracias, es el mejor premio que podría darme. Tan bueno como si me hubiera asignado una clase de pequeños.

A don Onofre se le abrieron los ojos y se le hincharon las narices hasta el borde de la explosión. Fue a soltar

una palabrota, pero de su boca solo salió un precioso globo rosa, que se inflaba e inflaba conforme crecía su indignación.

—Oiga, hace usted unos globos magníficos. Ni yo mismo sería capaz de conseguirlos tan buenos. Si quiere, podemos organizar un campeonato.

El director, que era licenciado en Psicología y en Sociología, se pegó un capón e indicó con el dedo al nuevo maestro que entrara en el colegio, pero con tal infortunio, que pinchó el globo y explotó. El chicle se le pegó a la barba, que le quedó como un algodón de azúcar.

—Vaya a verme a mi despacho dentro de cinco minutos —dijo, mientras intentaba arrancarse el chicle de la barba.

El maestro Ciruela sonrió, cerró el paraguas, lo cargó sobre el hombro y, con la jaula colgada de la empuñadura, pasó al interior.

A los cinco minutos entraba en el despacho de don Onofre.

El despacho era pequeño y destartalado, algo así como una caja de galletas venida a más. Tenía una única ventana por la que se divisaba el cuello de jirafa de una gigantesca chimenea, que vomitaba todo el humo inimaginable: la pipa en que fumaba, intoxicándose, la gran ciudad.

Un rincón lo ocupaba un esqueleto humano con pinta de rapero marchoso. Don Teófanés Ciruela, al descubrirlo, se quitó respetuosamente el sombrero y lo saludó con un ademán.

—¿Qué hace usted? —preguntó el director, muy sorprendido—. Solo es el esqueleto de un hombre.

—De una mujer —puntualizó el maestro Ciruela.

—¿Cómo sabe usted...?

Pero su pregunta se quedó en el aire, porque el esqueleto levantó

y extendió lo que le quedaba de mano y don Teófanos se la besó con cortesía.

—A sus pies, señora.

El director no supo jamás si fue la mano la que se levantó o si fue don Teófanos quien la ayudó, pero perdió el deseo de preguntar y solo dijo:

—Siéntese, don Teófanos.

—Usted primero, don Onofre.

—¡Siéntense, leñe! —gritó el loro, que era muy aficionado a vocear, quizá por su condición de loro español.

—Y digo yo...

«Malo —pensó el maestro Ciruela—, malo cuando empieza con esta frase».

—Y digo yo —continuó el director—, ¿no preferiría usted un colegio más tranquilo? Podría cambiar su puesto con algún profesor al que pudiera interesar esta zona. Precisamente conozco uno que...

—Un amigo suyo, ¿verdad?

Don Onofre se sonrojó un poco porque, en honor a la verdad, tenía que admitir que quería el puesto para un amigo de la infancia y que se llevó un berrinche de marca cuando supo que lo había conseguido un maestro de pueblo.

—Pues sí, un amigo, pero no crea que lo hago por amistad... —se excusó el director.

—¿Es que usted cree que los puestos se cambian como los cromos? Si su amigo quiere una plaza en este colegio, que se la gane.

El director miró al techo con resignación, suspiró y continuó con tono de infinita paciencia:

—Mire, por su aspecto deduzco que este no es el colegio apropiado para usted.

—¿Qué tiene que ver mi aspecto con la calidad de mi enseñanza y con mi preparación profesional? —dicho esto, don Teófanos se levantó y

compuso su figura—. Además, ¿qué sucede con mi aspecto? ¿Acaso ha visto usted alguien más elegante que yo?, ¿eh...?, ¿eh.....?

Y se dio una vuelta por el despacho como lo haría un modelo sobre la pasarela en un desfile de moda. El loro gritó:

—¡Chulo! ¡Tío bueno! —y lanzó un par de silbidos de admiración.

—Pero sus métodos de enseñanza quizá no sean hoy los más adecuados.

El maestro Ciruela ocupó de nuevo su asiento y avanzó el dedo índice hacia el director, al que casi se lo mete en un ojo.

—¡Qué sabrá usted de mis métodos de enseñanza! —y bajó la voz—. ¿Se sabe usted de carrerilla el nombre de las capitales de todos los países del mundo?

—Claro que sí —afirmó el director, picado en su amor propio.

—Me lo temía... Sin embargo, no

será capaz de imitar el canto del jilguero, ¿verdad?

—No.

—¿Y el de la perdiz?

—Tampoco... —admitió el director, ya un poco avergonzado —, pero sé el del gallo.

—Me extraña. Hágalo.

—Quiquiriquí... —cantó con timidez don Onofre, cogido por sorpresa.

—Más alto, sin miedo.

—¡QUIQUIRIQUÍ...! ¡QUIQUIRIQUÍ...!

En esto, se abrió la puerta del despacho, asomó la cabeza la señora Tomasa y, luego, llamó con los nudillos, que tal era su costumbre: primero entraba y después llamaba.

Al descubrir a don Onofre en su faceta de gallinácea, puso la misma cara que si hubiera visto al alcalde disfrazado de Supermán.

—¿Quiere algo, señora Tomasa?

—Nada, decirle que está usted como una cabra. Sí señor, como una «capra hispánica».

Y tras un portazo, se marchó.

El director miró fijamente al nuevo maestro y dijo:

—Está bien, tiene usted todo el derecho a quedarse. Se ocupará de quinto curso.

—Magnífico. ¿Dónde se encuentra el aula?

—Saliendo por el pasillo de enfrente, la tercera clase a la derecha. Pero no se preocupe, lo acompañaré y haré su presentación.

Cuando el director abrió la puerta del aula, una tiza pasó silbando junto a su cabeza. El maestro Ciruela, con un movimiento agilísimo, logró cogerla al vuelo y se la dio al loro. El animal se puso a chuparla como si fuera una piruleta, pues el calcio es bueno para las aves.

—¿Quién ha sido? —preguntó el director.

Se hizo un silencio masticable como los chicles del maestro Ciruela.

—Yo no he sido —afirmó una voz infantil, con aire de lección aprendida.

—Ya lo sé, Óscar —concedió don Onofre.

El zumbido de un ejército de moscardones, en este caso humanos, se dejó oír en la clase. Don Onofre, malhumorado, ordenó silencio con un gesto e hizo otro al maestro Ciruela, invitándolo a pasar.

Los niños, al verlo, empezaron a reír por lo bajini. El director los miró con severidad y dijo:

—Quiero presentaros a don Teófanés Ciruela... ¿Cuál es su segundo apellido?

—Notengo.

—¡Cómo no va a tener segundo apellido!

—Claro que sí. Mi madre se llamaba Margarita Notengo Martínez, y

por eso mi segundo apellido es Notengo.

Los niños dejaron escapar sus risas y don Onofre se puso muy nervioso.

—Bien, pues don Teófanés Ciruela Notengo será vuestro profesor durante este curso. Espero que os comportéis con él tan bien como hasta ahora lo habéis hecho con los anteriores.

—Gracias, gracias... Encantado. ¡Ah!, en vez de profesor, prefiero el viejo título de maestro. Maestro es una palabra tan hermosa y que dice tanto... Para vosotros seré el maestro Ciruela.

—Bueno, don Teófanés, lo dejo con su clase —dijo el director—. Y basta de risas, niños.

Pero nada más salir, los alumnos prorrumpieron en carcajadas y comentarios jocosos, provocados, sin duda, por la estrafalaria figura del nuevo profesor. El barullo se hizo ensordecedor, hasta que una voz enérgica lo acalló:

—¡Silencio!, al que arme jaleo le arranco la nariz.

Los chavales se quedaron más cortados que una raja de sandía.

El loro había hablado.